

LO REAL DEL SEXO]

Ma. Antonieta
Torres Arias

El gran hallazgo del psicoanálisis, opina Lacan, es comprobar que el órgano de la copulación, los genitales, es en lo real lo más adecuado para probar que no hay uno (sujeto) que es macho y otro que es hembra. Cuando alguien se dice macho o hembra, no puede hacerlo sin que haya un escamoteo en lo simbólico de algo totalmente singular, que es precisamente el órgano de la copulación. En efecto, hay falta, escamoteo simbólico de la representación del órgano de la copulación ($-\phi$). Así, para el varón la castración es fórmula: "yo no tengo a título de símbolo el pene, no es el órgano el que como significante de mi virilidad me califica". La castración proviene de que no se dispone del conjunto de los significantes (el Otro no tachado no existe) lo que vuelve imposible el enunciado de la bipolaridad sexual.

En el psiquismo no existe nada por lo que el sujeto pueda situarse como ser macho o ser hembra; por lo tanto, no hay complementariedad sexual. Sólo hay identificación al significante y esto pone al hombre y a la mujer en la segregación, cada uno de su

¹ Lacan, Jacques. "Lógica del fantasma", trad. Escuela Freudiana de Buenos Aires, Seminario xiv, Lección del 19 de abril de 1967. Mecanoscrito.

lado. En la "Lógica del fantasma",¹ Lacan abordó la cuestión de la relación de uno a otro, y dio dos proposiciones: a) Sólo hay acto

sexual para hacer relación, ya que no hay relación inscrita. b) Cada uno/una debe confesarse al otro como afectado por el sexo, es un decir "Yo" para revelarse como macho y como hembra. El hombre se declara hombre para hacer signo a la mujer que se declara mujer para hacer signo al hombre que desea.

Lacan plantea que el secreto del psicoanálisis es que no hay acto sexual, fórmula que antecede al axioma de no hay relación sexual.

Esto quiere decir que el sujeto no puede inscribirse como sexuado en relación con el otro sexo sin la mediación de un tercer elemento, el cual puede ser alternativamente el falo o los objetos (a). Hay sexualidad, no sexo, porque no hay acto sexual, pues éste como todo acto es significativo y aquí enfrentamos una falta del significante. La inexistencia del acto sexual es lo que Lacan define como el sentido lógico de la castración. Así, la diferencia sexual sólo se sostiene en la significación de algo que falta bajo la forma del falo. El deseo, a nivel de la sexualidad, se representa por la marca de una falta. Lacan alude al (a) y al falo como fuera del cuerpo; en la medida en que ambos, elementos terceros, suplen la relación imposible, se caracterizan por ser "separables", puntos de corte que escapan a la totalización narcisista, pero también puntos de recuperación de goce. Uno de ellos, el falo, representado por un significante, y el otro, el (a) escapando al significante.

Esto nos plantea el problema de la subjetivación del sexo a partir de dos significantes: hombres y mujeres, masculino o femenino.

Si un significante es lo que representa un sujeto para otro significante, las cosas serían más claras y simples si pudiera darse una subjetivación al término "macho". Así sabríamos lo que conviene saber: que un sujeto manifestándose como macho sería representado como tal, como sujeto, en referencia a un significante que designe al término "femenino", del que no habría ninguna necesidad de que determine ningún sujeto. Siendo verdadera la recíproca, si interrogamos el sexo en cuanto a su subjetivación, posiblemente no probemos ninguna exigencia de intersubjetividad.

Por lo tanto, un significante masculino o femenino, al querer definirse uno en relación con otro, fracasa en hacer dos; dos significantes localizados como tales, pierden su estatuto de significantes. No hay ningún medio, señala Lacan, para saber en qué dosis somos masculinos o femeninos, no se trata tampoco de biología, del órgano, es imposible darle un sentido analítico a los términos masculino o femenino.

En lo simbólico hay dos significantes distintos, hombre y mujer, según cada uno de estos dos significantes, articulados con otros significantes, se opera la identificación a ciertos rasgos ideales que los separan: los hombres por un lado y las mujeres por otro. La pre-

² Allouch, Jean. "Un sexo o el otro", en *La declaración de sexo*, Littoral, E.P.E.L., Buenos Aires, núms. 11-12, junio, 1991.

gunta que se impone es: ¿cómo puede saber el ser hablante de qué lado está, de qué sexo es?, ¿sólo hay dos?²

El sujeto tiene que elegir ser de un sexo u otro. Una elección que por fuerza excluye a la otra. La división genérica en hombres y mujeres confronta a los sujetos a tener que declararse en hombre o en mujer. La sociedad plantea dos vías que no se pueden rechazar. Es un prefabricado que fuerza. La antropología de-

³ Lamas, Marta. "Cuerpo e identidad", en *Género e identidad. Ensayos sobre lo femenino y lo masculino*, TMB editores, Bogotá, 1995, p. 62.

muestra, según Marta Lamas,³ que en cada cultura la diferencia sexual es la constante alrededor de la cual se organiza la so-

ciedad. La oposición binaria hombre/mujer, clave en la trama de los procesos de significación, instaura una simbolización de todos los aspectos de la vida: el género. Mediante el proceso de constitución del género, la sociedad fabrica las ideas de lo que

deben ser los hombres y las mujeres, de lo que es "propio" de cada sexo.

El problema radica en que no se nace hombre o mujer. Se lo deviene por identificación, lo que tiene que ver más con la articulación de la palabra que con la anatomía. El órgano no es lo primero, sino lo determinante para el futuro del sujeto y su ubicación de un lado o del otro. Como lo señala Lamas,⁴ un dato biológico evidente es recreado en el orden representacional y contribuye ideológicamente a la especialización de la femineidad y de la masculinidad.

⁴ *Idem.*

En consecuencia, a los sujetos se les identifica por ciertos rasgos que los diferencian, se les distingue por el órgano; el cuerpo del hombre y el cuerpo de la mujer cobran valor para el signo, como un pictograma. Así, el registro imaginario que tiene que ver con la imagen y el simbólico en referencia al lenguaje, se confunden y pierden su distinción. Allouch⁵ plantea, a partir de la propuesta lacaniana sobre la segregación urinaria en el registro de lo simbólico—las dos puertas de los sanitarios ubicadas en los lugares públicos nombradas: damas/hombres o señaladas con la imagen femenina/masculina— la cuestión del desconcierto y forzamiento que deben sufrir los travestis, los transexuales, los hermafroditas, ciertos homosexuales, etc., cuando se ven forzados en lo social a ubicarse del lado de las mujeres o de los hombres; cuando precisamente su identidad sexual, o es ambigua o los posiciona del lado opuesto al designado por su órgano.

⁵ Allouch, *op. cit.*, p.9.

La división genérica obliga al ser hablante portador de un objeto que le estorba, a desprenderse de él sólo después de haberse declarado de un sexo o de otro; pero esto lleva el precio de renunciar a su

goce sexual. En otras palabras, el peligro de trasladar los factores relacionados con el sexo a la categoría de género, confunde lo que es la especificidad de nuestra identidad sexual de sujetos hablantes como dependientes de los efectos del inconsciente con las referencias culturales, que no hacen otra cosa sino reafirmar la idea de la mascarada ideológica y la apariencia engañosa para fundar las concepciones de la feminidad y de la masculinidad.

Lacan sostiene que como los seres hablantes no pueden ser hombres o mujeres en un sentido instintivo, no les queda más que parecerlo: parecen hombres y mujeres. No pueden serlo porque no tienen la norma instintiva fija que les daría una realidad fija; por lo tanto, la única solución posible es este parecer que, por ser un parecer de ningún ser, introduce la dimensión de la máscara. La máscara como una forma de búsqueda de un punto ideal, virtual, en la cual se podría ser plenamente hombre o mujer. Punto que tampoco existe y que culmina por lo tanto en el fracaso. El ideal varía según el contexto cultural y la singularidad de cada quien. Pero es inquebrantable. Los ideales identificatorios desbordan ampliamente los géneros, tareas, funciones, roles, etc., no se reducen a ellos. En otras palabras, el primer efecto de parecer es la búsqueda de una solución del lado del Ideal, solución que no basta y que alcanza siempre esa

⁶ Para un desarrollo más amplio sobre el tema, ver Torres Arias, M. A. "¿Por qué la dificultad de ser?", en *Debate Feminista*, núm. 17, México, octubre, 1996.

caída de la significación fálica que es del orden de la comedia. Esto vale tanto para los hombres como para las mujeres.⁶

Lo que hay que hacer con hombres y con mujeres, el ser hablante debe aprenderlo siempre del significante; es decir, del campo del

Otro del que el sujeto depende. Mientras más se asume una máscara –mascarada, apariencia que representa los tipos ideales–, más se está bajo la amenaza de parecer otro del que se pretende ser. La identificación al ideal se da a cambio de la renuncia al goce del sujeto afectado de un sexo. En esta manera de abordar la declaración de sexo, opina Allouch,⁷ el sujeto o no alcanzará a instaurar uno u otro sexo como dos significantes, o lo alcanzará al precio de renunciar a su goce sexual, encontrando desde ese momento su goce desplazado de lo sexual, en los lugares que Freud marcó como los de las pulsiones parciales.

La pulsión es el único representante de la sexualidad en el psiquismo y es parcial respecto a la reproducción como finalidad biológica. Tan sólo representa, y parcialmente, la sexualidad del ser vivo. Ella es montaje que permite que la sexualidad participe en el ser hablante conforme a la estructura de infancia que es la del inconsciente.

Sobre cómo se articula ese montaje que es la pulsión parcial con el deseo, Lacan plantea que en el psicoanálisis debe revelarse ese punto nodal por el que la pulsación del inconsciente se liga con la realidad sexual. Ese punto nodal es el deseo. El deseo presentifica la incidencia de la realidad sexual en el inconsciente.⁸ Esta articulación se lleva a cabo por la puesta en juego de lo que Lacan designa como aparato en el cuerpo, aquello con lo cual el cuerpo, en relación con la sexualidad, puede aparejarse, ser distinguido de aquello por lo que los cuerpos pueden aparearse. En la medida en que algo

⁸ Lacan, Jacques. "Los cuatro conceptos fundamentales del psicoanálisis", *El seminario. Libro 11*, Paidós, Barcelona, 1987.

en el aparato del cuerpo presenta o tiene estructura de hiancia, en función de la unidad topológica de dichas hiancias con las del deseo inconsciente, la pulsión parcial interviene en el inconsciente.

Evidentemente, desde esta perspectiva, la pulsión totalizadora, la pulsión genital no existe. El único lugar donde puede construirse es en el campo del Otro. La experiencia psicoanalítica no muestra otra cosa: la pulsión genital está sometida a la circulación del Edipo, a las estructuras de la alianza. Así, el único soporte de la pulsión sexual total es la conjunción entre el campo de la pulsión y el campo del Otro; éste es el único punto en el que la relación de los sexos está representada a nivel del inconsciente.

La bipartición sexual no tiene diferencia *a priori*, está sujeta a los avatares de la historia. No tiene una significación universal ni preestablecida que nos señalaría qué quiere decir masculino y femenino. Como ya se había señalado, en el psiquismo no existe nada por lo que el sujeto pueda situarse como ser macho o ser hembra. Precisamente la identidad a la que se apela con la declaración de sexo por medio de los semblantes –cuya función es velar la falta, pues tienen una relación directa con la castración– pretende dar una coherencia total y única frente a las variadas, singulares y polifacéticas realidades intersubjetivas. Se busca coagular así en una sola representación simbólica e imaginaria lo que no es más que un incesante juego de representaciones y desatinos. El llamado género, como ideal cultural, bien puede tener la función de semblante; esto es, velar el falo, velar la división del sujeto; en otras palabras, su castración.

Ahora bien, vale puntualizar algo que de entrada se sabe, que el inconsciente no es sin relación al cuerpo. El psicoanálisis permite el acceso a algo del cuerpo que pertenece a lo real; es decir, a partir de lo imposible, de un *impasse* significativo o, más precisamente, de un *impasse* de la formalización. En otras palabras, no se nace con un cuerpo, el cuerpo no es primario en tanto lo viviente no es el cuerpo. Debe distinguirse entre el organismo, lo viviente y aquello a lo que se denomina cuerpo.

Existe en Lacan un itinerario concerniente al lugar del cuerpo en el psicoanálisis. Inició por la imagen, ya que consideró que para ser un cuerpo se precisa un organismo vivo más una imagen; es decir, atribuye a la unidad de la imagen el sentimiento de unidad del cuerpo, unidad que es dada por una *gestalt* visual y aprehendida por el sujeto a partir de la unidad de su forma en el espejo. Dicho de otra manera, principia oponiendo la unidad y la unicidad de la imagen a lo que sería el organismo, al que caracteriza más bien por su prematuración.

Posteriormente, Lacan manifiesta que el cuerpo verdadero, el primer cuerpo, es lo que denomina cuerpo de lo simbólico, el lenguaje. Nuestro cuerpo es un dasequío del lenguaje. Es, pues, el lenguaje el que nos atribuye un cuerpo —aquí entra lo que el concepto de género pretende dar cuenta al significar a las mujeres por un lado y a los hombres por otro—, que después nos lo otorga al unificarlo. El primer efecto que eso tiene sobre el cuerpo, según Lacan, es el de mortificarlo, ya que para el significante el que el cuerpo esté vivo o muerto no tiene ninguna importancia. Como sujetos podemos prescindir del

cuerpo, como sujetos del significante estamos separados del cuerpo. Ese efecto significante sobre el cuerpo –inconsciente– afecta al cuerpo y más precisamente a su goce. El cuerpo sufre un gasto de goce a sus expensas por el hecho de estar capturado en el significante. Un gasto tal que produce un desierto de goce, pues el goce vacía al cuerpo del hablante.

El cuerpo está afectado por la extracción de goce, pero a la vez tiene su pequeña compensación con "el plus-de-goce", que es como Lacan designa a los pequeños objetos (a). Así pues, del cuerpo y de su goce, lo único abordable mediante el psicoanálisis, en tanto se habla, es este objeto que llamamos real. Real, pero no porque tenga la materialidad de un cuerpo, de una extensión –no tiene ninguna–, es real precisamente, de acuerdo con la definición de Lacan, en la medida en que no puede ser aprehendido por el significante. El objeto (a) es, en último término, incernible; está circunscrito pero se mantiene incernible al decir. El (a) es lo más real del cuerpo para el psicoanálisis.

En resumen, puede decirse que el concepto mismo de cuerpo o, mejor aún, su superficie tiene tres referencias: 1) Imaginario, puesto que la superficie del cuerpo es también lo que hace del cuerpo una forma; 2) Simbólico, en tanto superficie de inscripción, y 3) Real, por el estatuto erógeno del cuerpo.

Para cada hombre, para cada mujer, su goce se refugia en los objetivos pulsionales, los (a). Ahí está el residuo subjetivo. Es la juntura más segura del sujeto con el cuerpo; el objeto (a) se presen-

ta como cuerpo, cuerpo caído, separado en relación con el cuerpo del que depende: el Otro.

No hay duda de que los sexos son dos ni de que el cuerpo es una inscripción del inconsciente. Pero no nos cerremos a seguir interrogando y descubriendo lo que hace que, de un sexo al otro... La relación sexual no cesa de no escribirse.